

LA HIJA DE LA LUNA

(Continuación)

Por BENITO SANTA-OLALLA MORENO-CID

Pasaron cuatro días más y las obras estaban muy adelantadas. Pero era tan grande el cansancio que a todos invadía, que aun los menos escépticos comenzaron a dudar del éxito.

Sacando fuerzas de flaqueza se hizo un último esfuerzo: trabajaron hasta agotar las pocas fuerzas que les quedaban, y, por fin, amaneció el día en que terminaba el plazo prefijado.

Serían como las seis de la tarde de aquel memorable día, cuando después de titánicos esfuerzos, por último, pudo ser cortada la arrolladora corriente del Tajo. Una hora después el espectáculo era imponente, sublime: allí donde empezaba el nuevo cauce, y que era donde actualmente se encuentra el grandioso puente de ALCÁNTARA, habían levantado aquellos bárbaros un grueso muro para que, deteniendo el agua, después al ser derribado se lanzara ésta con más fuerza por el nuevo camino abierto.

Impedido de esta manera el indomable líquido para seguir su carrera, comenzó a ensancharse de tal manera que un poco después formaba de la parte anterior del muro como un inmenso lago. ¡Había llegado el momento indescriptible! La noche hacía rato que había extendido su negro manto sobre la tierra; numerosas teas, ardiendo a ambos lados del río, daban al lugar un tono fantástico y siniestro; una inmensa



multitud, ávida de algo extraordinario, ocupaba las crestas y laderas que forman el estrecho valle; la hija de TOL, asomada a una gran ventana de su torre, contemplaba con asombro aquella escena por ella jamás imaginada, mientras que el valiente HIJO DEL SOL, desde la orilla opuesta, daba las últimas disposiciones a sus servidores.

Los momentos pasaban veloces y la inquietud y el sobresalto comenzaba a invadir todos los corazones; sólo faltaban unos minutos para que la majestuosa DIANA apareciera por el horizonte, y la gran cantidad de agua acumulada aún no había podido romper la muralla que la detenía y lanzarse triunfante por el nuevo cauce que al otro lado se había abierto. En vista de ello, disponíase el bravo HIJO DEL SOL, seguido de los más valientes, a bajar al dicho cauce para debilitar con sus rudimentarias máquinas los cimientos del potente muro, cuando un ruido como de un trueno, que llenó de espanto a todos, le detiene en su camino: aquella gran muralla, no pudiendo resistir un nuevo empuje del soberbio Tajo, se había desplomado con estrépito a tierra.

Expedito el camino, lánzase furioso el mal reprimido líquido, y una ingente ola blanca como la nieve va a deshacer su arrogante cabeza contra la roca de